

# Socialismo y Conservatismo

CAMILO VIZIL

Víctima principal de la última contienda mundial ha sido la clase media europea y vencedores principales los partidos socialistas. Las reformas que se imponían ante el enriquecimiento de Europa en el curso del siglo pasado —consecuencia del desarrollo industrial—, fueron reconocidas primero por los socialistas, mas de no haber sido derrotada Alemania habrían sido hechas, probablemente, por partidos políticos con ideologías diferentes de las del socialismo internacional.

Con la victoria de la Unión Soviética en la última guerra mundial —en 1938 era en París un secreto a voces que sería la verdadera vencedora en caso de contienda— y su inesperado poderío militar industrial en el último decenio, los partidos conservadores en el mundo entero han sido colocados ante la alternativa de ir a la zaga de los socialistas o de agonizar apaciblemente.

A los hermanos de mi mujer, —de una familia distinguida de conservadores suecos—, a veces les riño por formar parte de un partido político que no tiene política.

En Suecia, hasta el fin de la segunda guerra mundial, los elementos conservadores, generalmente pro-germánicos, fueron poderosos e importantes, pero quince años de "paz socialista" los han convertido en una insignificante minoría que por lo general se contenta con dar prueba de civismo y de democracia felicitando a sus adversarios en sus inevitables triunfos electorales.

Con un equipo industrial moderno, evitando los errores cometidos en los países iniciadores de la revolución industrial, comenzada a fines del siglo XVIII, con una población disciplinada y de una formación técnica sólo igualada por alemanes, Suecia goza de una gran prosperidad. Tiene una cultura moderna que responde a las necesidades y a las exigencias del momento, pues el mundo ha sido transformado por el progreso de la ciencia pura y aplicada, en particular a la industria y desgraciadamente también a la preparación de una guerra mundial.

Qué hará el socialismo en esas condiciones? Qué hará en Suecia la experiencia marxista? Una nueva edad de oro de la cultura nórdica europea? Será un fin caótico y desgraciado de decadencia inevitable? Se atará finalmente el socialismo sueco al carro de triunfo del socialismo soviético? Se aliarán socialistas y capitalistas en alguna futura política internacional híbrida sin vencedores ni vencidos y que muy probablemente tendrá como plataforma de propaganda la necesidad de innovaciones técnicas? Esto último es lo más probable.

A todas luces el mundo de hoy es mejor en los mu-

chos países que he visitado en Europa, América y en Asia que el de ayer, si no fuese por el sufrimiento que impone el cambiar, el crecer, el ir a la zaga sin entender porque se va a la zaga.

No soy, ni jamás he sido, un loador parcial del pasado y el refrán que "todo pasado fue mejor" me hace siempre sospechar deficiencias íntimas. Lo que no quiere decir que no me reclame mi pasado hispánico y americano.

De ese mundo de hoy, todas las ideologías quieren beneficiarse asegurándose el único acceso al poder político: popularidad en las masas. De ahí que el verdadero dilema de un partido político conservador de cualquiera nación sea decidir hasta donde puede llegar en una política hábil de concesiones y con una propaganda incansable fundada sobre las medidas efectivas ya tomadas en bien de la mayoría. Citaré, como ejemplo notorio, la política democrática del partido conservador británico en los últimos seis años. Las comunicaciones entre naciones, más fáciles y más extensas que en el pasado, han también hecho que toda política nacional deba encerrar en sí todos los dilemas de las luchas políticas internacionales.

Si es imposible hoy día no decidirse en favor de uno de los dos colosos, cuya rivalidad amenaza al mundo entero, esa decisión tal vez no implique grandes diferencias de gobierno, debiendo los unos y los otros seguir en el futuro prácticas democráticas similares, a pesar que las haya, y grandes, en sus ideologías.

Cada día más conciente de sus responsabilidades, el individuo, la unidad de toda política, puede ahora sucumbir a todos los halagos de la propaganda, pero de una propaganda fundada sobre evidencias ciertas de un mayor bienestar. Cada día más influyente en el destino y en las acciones de los gobernados, el Estado debe a todos como suprema recompensa un trabajo interesante y más o menos bien remunerado, pero seguro, si responde a las necesidades colectivas.

La ciencia es ciertamente el producto más valioso de la cultura nacida en el mundo heleno, políticamente tan desgraciado, y enriquecido por el genio del Renacimiento. Es posible que estemos ante uno de los períodos más brillantes en la historia de la humanidad, si se evita una guerra.

En este concierto de naciones todos los países empiezan a tomar para el público bien informado un cierto perfil, a veces formado por los acontecimientos que llegan en los noticieros transmitidos por las agencias de información, siempre tendenciosas, por la actuación pública

ante las otras naciones, como los votos en las sesiones de las Naciones Unidas, a veces enriquecido por los escándalos dados por sus representaciones diplomáticas en el extranjero, a menudo fundado sobre datos relativamente exactos de su situación demográfica, de su situación geográfica en determinada área cultural, de su desarrollo técnico e industrial y del grado de bienestar de que goza su pueblo.

Las inevitables tentativas de los países más poderosos o de las ideologías internacionales para utilizar a los más débiles, rodeándose de satélites, toman ahora el carácter ya no de intervenciones armadas, a menos que éstas sean inevitables, sino de aconsejados programas de reformas y de innovaciones que no siempre son las más necesarias ni más útiles a cada país, con sus problemas propios y su realidad propia, de lavados de cerebros universitarios, del afán de mostrar todo lo que tienen, de manera inevitable de bueno, de limpio, de honrado y de razonable, de humanitario y de feliz y de bello, escondiendo el resto.

Mas no tiene este perfil internacional una importancia decisiva para el porvenir de una nación, aun cuando refleje de manera auténtica la realidad nacional. Lo tiene, dentro de un pasado histórico, ante una situación geográfica, con una realidad racial, la decisión y la voluntad y la posibilidad para los que tienen el poder político de ser "nacionales", es decir de representar a todas las fuerzas vivas de la nación, de satisfacer en la medida de lo posible a las necesidades más generales, de asir el timón hacia los rumbos más favorables a una prosperidad común. Hay programas de desarrollo nacional, convenientes a cada tipo de nación, que no pueden levantar discusiones. Lo que impide que sean puestos en prácticas en ciertos países en la falta de unidad nacional y el predominio de intereses particulares sobre los intereses colectivos. Una nación puede hoy progresar rápidamente como lo demuestran ciertos países de Africa, más ricos y mejor organizados que otros de América.

No soy de los que estiman que el nacionalismo exasperado sea favorable a los países de América pero ha tenido durante los pasados ciento cincuenta años una boga tal en el mundo entero que no se puede concebir la política sin respetarlo.

Para los que no tienen el poder político, mucha importancia tiene el contribuir a una política nacional con una exposición clara, firme y decidida de sus posiciones ante los problemas nacionales —que deben ser entendidos de una manera tan imparcial y justa como posible—, de los intereses económicos que representan, de la fe y de la esperanza y de las convicciones que los animan.

Tiene importancia decisiva para el porvenir de una nación la existencia de una oposición firme en el juego del poder, de una clara y constante y valiente exposición de los errores cometidos por los adversarios, incansables esfuerzos positivos, efectivos, prácticos donde los adversarios no alcanzan u olvidan o niegan, la reiteración incansable de los principios que se sostienen.

Decisivo para un país es el sistema social de normas y costumbres con el cual se rigen en la práctica las relaciones entre personas e instituciones, las formas de su estructura social particular, los principios que rigen en la concepción común de lo que es la vida y de lo que es la realidad.

Esa estructura, esos principios deben responder de manera adecuada y efectiva a las exigencias que crean el incesante adelanto técnico, la intensidad acrecentada de intercambios ideológicos.

El vaticinio del destino no se da en Delfos. Es en la manera como el sistema de interacción entre individuos e instituciones de una nación permite realizar de manera armónica y eficiente los inevitables cambios por venir donde está el oráculo del hombre de ciencia moderna. No se puede por cierto renunciar a la importancia que de antaño se la ha dado al individuo, al ser humano en su única e inconfundible verdad, "ante todo una verdad interior". Pero hay considerable evidencia que esa verdad interior depende, en parte por lo menos, de las normas y creencias que rigen en su medio social y de la manera como se agencian con las de los otros grupos sociales nacionales.

Inevitablemente, las masas humanas están llamadas a una importancia mayor. De ahí que el destino de un país se encuentre inexorablemente ligado a la realidad social de sus masas.

Las ciencias sociales no pueden ser ignoradas. Hay que entender mejor al hombre, lo que menos se ha estudiado de manera científica. Es posible que la especie humana se caracterice por rasgos emotivos e intelectuales comunes, aunque diferentemente expresados, sobre la base de las características anatómicas y fisiológicas. Las ciencias sociales tienen proyecciones profundas en nuestras vidas. Todas las enfermedades tienen inferencias sociales: las enfermedades mentales, el alcoholismo, las enfermedades del corazón, etc. La tarea de la investigación moderna es integrar los elementos biológicos con los sociales.

En política, ya que la conquista de las masas es imprescindible, y ya que la realidad de una nación es, ante todo, una realidad social, tampoco se les puede ignorar.

Tener conocimiento de sí y conciencia de sí, declararse ante sí mismo los imperativos que rigen ante la realidad es saber reconocer las normas sociales y culturales que imperan, en los menos libres de manera habitual y obcecada, llegado el caso de la acción. Mas allá comienza el mundo interior que inspira una experiencia única y cuya interpretación es lo que hace la persona.

A su vez, las instituciones de una nación, y entre ellas incluiré naturalmente a los partidos políticos, deben actuar con pleno conocimiento de los fundamentos culturales y sociales que determinan su posición ante la realidad nacional. Deben conocer esa realidad nacional de manera imparcial y objetiva, lo que no puede dar la experiencia sola, si no está acompañada de todo lo que pue-

de medirse y expresarse en cifras en esa realidad o ser determinado por la investigación científica.

Tan sólo así pueden tener la necesaria libertad para actuar con habilidad y acierto. Si las fuerzas vivas de una nación pueden predominar de un momento a otro y dar rumbos a su historia, y no permiten ni profesías ni cálculos, esos rumbos se hacen bajo el imperativo de la realidad cultural y social presente.

No hay aquí ni cavilaciones de filósofo ni idealismo declamatorio ni simplezas de hombre de ciencia extraviado. Ni tampoco desconocimiento de lo que es esta tierra tan querida.

Hay la evidencia que el mundo se ha transformado en los últimos 15 años a un paso acelerado como nunca antes. Que una nueva guerra mundial no es posible —de serlo sería probablemente favorable a América Latina, cualquiera que fuese su resultado. Que inevitablemente, como consecuencia directa del resultado de la última guerra mundial, el socialismo tiene entre sus manos el futuro inmediato, como quiera que se le llame y como quiera que se le disface, y que tal vez pueda originar una nueva edad de oro en la historia de la humanidad si se produce un acercamiento entre patronos y trabajadores. Que más a menudo que antes la violencia, la brutalidad y el crimen político recibirán su sanción ante los tribunales internacionales y ante la opinión internacional, si esa vía de recurso es debidamente utilizada. Que para ser efectiva una propaganda debe ser fundada sobre convicciones, el número de personas capaces de juzgar de esas convicciones habiendo aumentado considerablemente. Que para ser efectiva toda actividad política debe estar respaldada por una organización eficiente y por una administración sin tacha —y por lazos firmes con los partidos que en otras naciones defienden las mismas ideas. Que los excesos del individualismo desmedido y avasallador han pasado de moda y que lo está la humanidad del que representa al pueblo. Que está por terminar en la historia de América esa época en que "gobernar es hacer un negocio sucio" como alguien dijo. Que la población de Nicaragua va aumentando con una intensidad creciente y que ese aumento es mayor entre los que nada tienen. Que el abismo de opulencia y de prosperidad que separa las naciones industrializadas de las que no lo son va aumentando progresivamente a grandes pasos, los países pobres quedando definitivamente más pobres.

Los que no me entienden y desconfían, me entenderían, mejor informados.

Conservadores de Nicaragua: nada augures tantas tragedias para una nación como ser el campo de batalla de ideologías ajenas. Que estas páginas os lleven la convicción que para mí no hay otra alternativa a una acción política moderna, hábil y oportuna que contribuir desde ahora al bien de nuestro pueblo: Que esa acción política debe ser sincera, honrada, limpia y humana. Ha llegado el momento en que deberéis optar por desaparecer en la insignificancia que el destino acuerda a los ilusos o bien tomar la iniciativa de una actividad política

hábil pero sincera, decidida pero informada, firme pero pacífica en bien del pueblo de Nicaragua. Ha llegado el momento de las concesiones, "no de los abandonos". Esas concesiones deben hacerse por iniciativa propia, no ante las ventajas del adversario

Os digo esto sin desconocer los errores, las deficiencias y los engaños del socialismo internacional, tales como el ahogo de la iniciativa privada, la nivelación por abajo, la creación del monstruoso Estado Socialista que todo lo tiene y no siempre administra ni invierte los bienes comunes con acierto. Si me habéis entendido yo no defiendo aquí al socialismo

Os digo también sin desconocer lo que todos saben, que los más de los clamores populares en Nicaragua, sean o no justos, son el resultado de campañas de agitación sistemática y bien organizada. Os lo digo sin ignorar que sobretodo en política, las pasiones y no las ideas guían a los hombres.

Gobernar supone el conocimiento de la realidad social de una nación. Toda política debe ser fundada sobre la realidad nacional. Lo decisivo para un país es el sistema social de normas y de costumbres por el cual se rigen, en la práctica, las relaciones entre personas e instituciones. Debe permitir la convivencia pacífica, el progreso, el adelanto, el cambio inevitable que impone el progreso económico e industrial. Este último ocurre hoy día a un ritmo acelerado. Nefastos son en los cambios sociales, el deseo de emulación y rivalidad social, el aislamiento social, que nos hace solitarios en medio de la muchedumbre

Debéis pues aprender a llegar al corazón y a la mente ansiosa y desesperada del pueblo. Sin refinamientos inútiles y sin hinchazones declamatorias debéis aprender a comunicaros de manera efectiva y directa con las masas. La desinteresada investigación de problemas humanos y sociales por hombres de ciencia aislados y poco estimados se proyecta hoy día con gigantescas proporciones en los dilemas creados por los movimientos de las masas.

Si tomáis esa iniciativa, de una manera desinteresada y leal les quitaréis a vuestros adversarios su más poderosa arma de propaganda entre las masas, generalmente apáticas y políticamente neutras. No creo que el comunismo o el socialismo sean populares en América: son los errores de sus adversarios los que les han dado triunfos espectaculares y les darán nuevos triunfos. Me sería fácil daros una crítica bien argumentada y fundada sobre datos y hechos de los errores cometidos en los últimos veinte y cinco años por los regimenes democráticos en política internacional.

Conservadores de Nicaragua: nada augura tantas céis a tiempo, temed las consecuencias inevitables. Si no las teméis preparaos a una lucha cada día más denodada por muchos principios que en el mundo de hoy día amenazan ser sumergidos ante el asalto de turbas hambrientas y vengativas que vuestros enemigos saben utilizar con el fin de apoderarse del poder y perpetuarse definitivamente en él.